

Foto:
Chus
Sánchez



HILO MUSICAL

El estreno literario del periodista Miqui Otero (Barcelona, 1980), el próximo mes de septiembre en la colección *Héroes Modernos* de la editorial Alpha Decay.

LA INVITACIÓN DEBAJO DE LA PUERTA

Cuando ya había dejado las cosas, cuando empezaban a salir los fantasmas de los armarios del Castillo Encantado: el loco de la Guardia Real y sus gemidos del millón de abdominales, el del amigo invisible gritándole a Billy que se fuera de su habitación, vi un papelito asomarse por debajo de la alfombra. Era de color rojo, redactado con letra apaisada, como si hubieran escrito las notas una por una, con una pluma y un tintero. Decía así:

PARA TODOS LOS QUE PIENSEN QUE TODOS ESTOS DISFRACES SÓLO SON DISFRACES, Y QUE LOS DISFRACES SON UNA FORMA DE MOSTRARNOS COMO SOMOS, QUEDA EXTENDIDA ESTA INVITACIÓN A UNA FIESTA DE DISFRACES. QUE CADA UNO SE DISFRACE DE LO QUE QUIERA.

-ROPA DISPONIBLE EN EL TALLER DE ALMA, ABIERTO DE 9 A 11 DE LA NOCHE.

-ENTRADA A ATLANTIS: A PARTIR DE LAS 12 POR LOS PASILLOS DE LOS VESTUARIOS.

-EN VIVO: LOS JUGUETES ROTOS.

NO TE PIERDAS. NO TE LO PIERDAS.

NO TE CHIVES.

Y entonces, un dibujo de una Blancanieves con gesto de orgasmo y con siete bultitos sobresaliendo de su holgada falda de vuelo. Una fiesta secreta, pensé, perspicaz. Y si eso era una fiesta secreta, el colmo era que fuera en un sitio que ellos llamaban Atlantis y que, por mi plano mental de Villa Verano, debía quedar justo debajo del Lago Deseo. Fantaseé un rato, estirado en la cama como cuando un adolescente piensa en las películas de adolescentes que al día siguiente moja o al menos toca teta, con esa sonrisa tan diferente de esa otra forma de estar estirado en la cama en una peli de adolescentes: cuando lo

que hace, retortijones de barriga y ceño fruncido, es esperar la llamada de la chica popular.

Estirado pensé en Alma, en Nemo y en Atlantis. En esa isla de la leyenda hundida frente a las Columnas de Hércules, que los que saben de eso situaban tan cerca de Villa Verano. También en nereidas, en copas de orialco, en secretos que sólo algunos saben y en el porvenir utópico, algo que no existe pero que podría existir si el mundo fuera mejor.

Y después pensé en una canción que escuchaba mi hermana mayor en los largos viajes en coche hacia Galicia, cuando le colgaban hulahops de las orejas y llevaba jerseys de ocho tallas más:

“You should be loving someone.
And you know who it must be.
Cause you’ll never find Atlantis.
Til you make that someone me.”

Y me quedé dormido otra vez con el papelito de la invitación en la mano, que por primera vez desde que estaba allí parecía real, no de publicidad o de promoción de VV.

Al día siguiente desperté, otra vez, con la ropa puesta. Me pasa demasiado. Creo que tendría que presentarme a una asociación de Narcolépticos Anónimos y buscar cariño entre gente que se duerme al volante de un avión, bailando pegados, justo antes de correrse o en entrevistas de trabajo. Todo eso pensaba debajo de la ducha mientras tarareaba la canción de los viajes a Galicia; bajo el chorro de agua, Mister Agua. Mi nuevo disfraz.

LA RUTINA DEL AGUA

Mister Agua en cámara subjetiva. Las escamas de mi malla brillaban al sol. Una obra de arte mutante: los brillos dibujaban formas en mi cuerpo rojo y verde. Empezaba el día conocido como el día-antes-de-la-noche de la fiesta. Y qué día el de aquella noche.

Después de mi ración diaria de despachar salchichas, mi función aquella tarde era simplemente vigilar el Lago Deseo con mi nuevo disfraz. Pasearme por la frontera del Túnel del Tiempo que da al mar, admirar la dinámica de las situaciones, vigilar que la gente no arrojara sino monedas al fondo marino cobrizo del lago, prevenir a los niños de que no se tiraran de cabeza en ese lago no muy profundo y echar la bronca a los graciosos que tiraban los restos de comida al agua y que después me miraban con sorna y me decían cosas como “es para los peces”.

También tenía que repartir papeles, pero no papeles de verdad como el que guardaba justo debajo de la manga elástica escamada. Tenía que repartir, durante seis horas seguidas tostadas a pleno sol, papeles en los que podía leerse esto:

—Olvídense del trabajo. Visiten las colchonetas de la risa.

De vez en cuando me cruzaba con otros que estaban haciendo lo mismo que yo: me recordaban que no colocara mis manos detrás y que no me parara demasiado rato en un sitio. Vi a un trabajador muy bajito enfundado en un mono con un dibujo de una cadena de átomos en el pecho, luchando con un niño alemán gordísimo y de color de pastelito rosa que le quería hacer un piquete de ojos. Lo saludé dando por sentado que él iría a la fiesta, veía a todos los trabajadores de VV como hermanos de una logia secreta que hoy, por fin, se iba a divertir. De hecho, agarré al mocoso para que soltara de una vez al pobre Átomo. Después me dijo: “¿Pero cómo haces eso? ¿No has oído hablar de los Clientes Fantasma? Los hay a montones. No puedes ir de listo con los clientes. Tienes que ir con cuidado. Además, yo lo tenía solucionado. Estábamos jugando”.

Abandoné al superenano y allá a lo lejos, mientras el sol seguía despachando justicia en el parque, vi a un señor demasiado abrigado de espaldas y con además contemplativo. Daba toda la impresión de que estaba añadiendo oro al Lago Deseo, pero no precisamente en forma de monedas. Al acercarme un poco más, descubrí a Lucas, parado y con la vista fija en el fondo del lago.

—Buenos días, Toño —saludé.

Toño, con la tranquilidad y la tristeza crepuscular que da tener “la vida solucionada”, me dijo que ni más bueno ni más malo que otro día. Me avisó de que no pasara tantas horas con Nemo. Que era un buen hombre, pero muy resentido. Que era contagioso.

—Es contagioso —insistió.

Me dijo que no podía decirme por qué, pero que después de la disolución de Los Famosos, Inocente se había tenido que ganar la vida de una forma que para él, para alguien como Nemo, era denigrante.

—A mí me parece una forma de ganarse la vida como

cualquier otra. Como teniendo la potra de que te toque el sueldo Nescafé. Ir tirando. Pero ya habrás descubierto lo orgulloso que es y, claro, para él fue su acta de defunción...

—Lucas, tú sabes de qué va todo esto, ¿no? —sin saber muy bien qué le estaba preguntando exactamente.

—Yo sé demasiadas cosas.

—¿Cómo hicieron este pedazo de parque aquí en medio?

—¿Nadie te ha explicado la historia del Clan de los Z?

—Nadie me explica nada aquí...

—Yo te lo resumo, hombre, que no tengo nada mejor que hacer. A mí me lo explicó mi amigo el periodista, que sabía mucho de todo.

No tenía ni idea de qué me iba a explicar, pero me contó lo que quiso.

—Todo esto es de tres hermanos. De tres hermanos con apellidos diferentes, que eso ya es mérito.

—¿Cómo?

—Fácil. Pues porque no son hermanos del todo. Eran tres huérfanos que coincidieron en un colegio de León. Parece un chiste: Hernández, Fernández y Rodríguez. Allí les hicieron mil putadas, las típicas, vamos. Y se hicieron muy amigos. Y juraron que un día estarían forrados. Uno hizo carrera política y los otros dos empezaron a vender cosas para jardines y piscinas: azulejos, enanitos de escayola... Esas cosas. Hasta que el político se lo montó para convertirse en concejal de urbanismo. Y ya está.

—¿Ya está?

—Sí, ya está. La empresa se hizo enorme, fijo que has visto algún anuncio en la tele, las piscinas esas con una Z en el fondo. Y uno de ellos compró un equipo de baloncesto y luego el de fútbol. Y puso publicidad de la Z en los equipos. Y de ahí, pues la locura.

—Claro —ni idea.

—Sí, hombre. Hernández les dio el permiso para la UrbaniZación, así con una Z grande. Y se les fue de las manos y montaron una enorme. Y cada vez que tú tienes mucho suelo, le tienes que dar un 10 por ciento al Ayuntamiento. Eso lo sabes, ¿no? Que tú has estudiado...

—Claro, claro —ni idea.

—Pues Rodríguez cogía y volvía a poner ese 10 por ciento a concurso. ¿Y a que no sabes quién ganaba?

—¿La Z?

—Joder, qué rápido aprendes. Y, bueno, pues así. El equipo iba de puta madre y se clasificaba para la Champions y todo dios veía la publicidad y construían más y más. Y me dijo mi amigo que nadie decía ni pío en el pueblo porque les enviaban cestas de Navidad a casa y



“Después de mi ración diaria de despachar salchichas, mi función aquella tarde era simplemente vigilar el Lago Deseo con mi nuevo disfraz. Pasearme por la frontera del Túnel del Tiempo que da al mar, admirar la dinámica de las situaciones, vigilar que la gente no arrojara sino monedas al fondo...”

los invitaban a parrilladas y así... Que ya sabes que todos somos muy baratos.

—Bueno, por lo menos...

—Como todo dios les reía las gracias, querían hacer incluso el primer parque temático español, Jamón Park, o España-España, lo querían llamar, con atracciones sobre el 2 de mayo, la batalla de Lepanto y la de las Navas de Tolosa y una especie de juego de estos de pistolas de pintura pero con el tema de la Reconquista. Los chalaos incluso querían montar una reproducción del Puerto de Palos de donde salió Colón y una especie de karting réplica del de Montmeló, con la montaña rusa del Escorial y toda la pesca.

—No sé, igual tenía algo más de sentido que todo esto.

—Sí, claro, tendríamos una clientela muy selecta. Ah, y luego hacían pistas de tenis o de golf para la UrbaniZación y decían que eran terrenos deportivos municipales. Y todo el lío así. Hasta que les salía la pasta por las orejas y pasaron de lo del parque español y se fiaron de sus hijos y montaron el tinglado éste. Que tampoco tiene pies ni cabeza, ya lo ves. Todo hecho con material de las fallas, que un día arde y nos vamos a tomar por culo todos.

Otra vez. Eso me sonaba.

—Ahora han empezado a echar a gente por lo de la crisis y hay un huevo de casas a medio construir. Si sales de aquí todo son grúas. Ya lo verás. La han cagado un poco, pero de momento van tirando. Pero fijo que en breve os echan a más de la mitad, que no está el horno para bollos.

—Supongo. Gracias, Toño.

—¿Gracias? Ya te digo yo que es peor saber que no saber.

Así que le sonreí, y lo dejé a mis espaldas mirando fijamente el brillo del fondo, como las señoras que colocan un panel de cartulina plateada debajo de sus barbillas para ligarse al sol. Lucas tenía color de salud, mucho color, color de persona que tiene la vida solucionada. Caminé un rato más y las horas pasaban, el DeLorean fungaba como un dragón con asma y yo repartía papelitos. Ahora, sin brío y con algo de abandono y sin esperanza, expendía esos *flyers* como si fuera uno de esos sordomudos que dejan papelitos con su abecedario encima de las mesas de las terrazas para después volver y recogerlos. Incluso repartí uno al Señor Corbata Turquesa, el que andaba como siempre hablando solo vestido con traje. “Muchas gracias, amigo.” “Amigo”, dijo, y secó sus comisuras aspirando aire, con el gesto que hacen las serpientes para traer de vuelta a su boca la lengua viperina. “Amigo” y “fhhsss”. Quién era ese loco. ■